

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Fredy Rivera Vélez

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 18

ECUADOR: S/. 29.000

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 10.000

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 568452

e-mail: Caap1@Caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

DIAGRAMACION

DDICA

IMPRESION

Albazul Offset

Quito-Ecuador, abril de 1998

EDITORIAL

COYUNTURA

Nacional: Choques externos y ciclo político agudizan desequilibrios / 5-13

Marco Romero

Política: Una transición al borde de la anomia / 15-26

Fernando Bustamante

Conflictividad: Conflictividad social. Noviembre/97 Febrero/98 / 27-37

Internacional: Crisis asiática: El espejismo de la "nueva edad de oro del Capitalismo" / 39-57

Wilma Salgado

Equipo Coyuntura "CAAP"

TEMA CENTRAL

Fútbol e identidad regional / 59-75

Jacques Paul Ramírez

El fútbol del milenio / 76-89

Andrés Dávila Ladrón de Guevara

El fútbol como ritual nacionalista / 90-107

Sergio Villena Fiengo

Tiempo de mundial / 108-113

Enrico Russo

El discurso del fútbol en TV / 114-135

Luis H. Antezana

ENTREVISTA

Comunidad y Modernidad / 137-142

Entrevista realizada a Carlos Iván Degregori por Fredy Rivera Vélez

PUBLICACIONES RECIBIDAS / 143-150

DEBATE AGRARIO

Políticas agrícolas y desarrollo rural en el Ecuador:
con referencia a Morris D. Whitaker / 151-168

Louis Lefebvre

Agricultura, Sustentabilidad y Neo-populismo / 169-184

María Fernanda Espinosa

ANALISIS

Universalismo Neoliberal y particularismos socialdemócratas / 185-198

José María Tortosa

Antonio Gramsci, Ernesto Guevara: dos momentos de la filosofía
de la Praxis / 199-214

Jaime Massardo

CRITICA BIBLIOGRAFICA

La democracia bloqueada / 215-218

Autor: Julio Echeverría

Comentarios de Carlos Arcos Cabrera

BIBLIOTECA



El fútbol como ritual nacionalista

Sergio Villena Fiengo(*)

Para muchos, el fútbol no es otra cosa que una actividad que los dominantes utilizan, explotando su carácter de actividad de evasión, para alienar a las masas: es el sustituto funcional del circo. Para otros, por el contrario, el fútbol es una actividad en cierta forma liberadora, pues es a través de ella que las "masas" expresan su adhesión y deseos de integración a la nación: aquí el fútbol se parece más al carnaval, pues actúa como una forma de manifestación de la pertenencia y de los deseos de inversión o igualdad social.

Con escasas excepciones, el fútbol se ha convertido en uno de los principales espacios de celebración del nacionalismo en las sociedades contemporáneas. Es un hecho cuyos signos son abundantes y evidentes a tal punto que, hoy más que nunca, *"Patria es la selección nacional de fútbol"*. La intensidad y actualidad de esta frase, expresada por Albert Camus cuando ese deporte apenas comenzaba a configurarse como uno de los fenómenos de la cultura de masas más interesante, no explica, empero, las razones ni los mecanismos que han hecho posible la inquietante simbiosis entre fútbol y nacionalismo. Mi intención es, en este breve ensayo, aportar elementos que contribuyan a comprender cómo, y bajo qué circunstancias, las manifestaciones que hacen los aficiona-

dos, fanáticos y, llegado el caso, usuales detractores, con ocasión de un partido de fútbol entre selecciones, asumen la forma de profundos rituales de reforzamiento de su sentido de pertenencia nacional.

Desarrollaré mi argumentación según el siguiente orden expositivo: prestando atención a la recomendación de rastrear los lazos sociológicos que hay entre temas culturales y fenómenos políticos, en lugar de moverse deductivamente de una esfera a otra (Geertz, 1990: 264), iniciaré este ensayo analizando la dimensión institucional del fútbol, usualmente descuidada por los estudiosos de la relación entre deporte y nacionalismo. Esbozada ésta mediante una exploración histórica, plantearé a continuación los que, a mi juicio, son los ele-

(*) Sociólogo. Coordinador Académico en la Secretaría General de la FLACSO.

mentos principales propios, por un lado, del fútbol, y por otro, del nacionalismo, que han hecho que esa articulación, una vez institucionalizada, haya demostrado ser sumamente exitosa, en términos de la movilización de pasiones nacionalistas, a tal punto que hoy alcanza una escala global; realizaré este acercamiento desde una perspectiva antropológica, en la que el concepto eje será el de ritual. Finalizaré el ensayo haciendo referencia a los medios de comunicación, factor que, si bien es "externo" al deporte y al nacionalismo, es imprescindible para explicar el éxito en su articulación

DIMENSION ORGANIZATIVA

La simultaneidad del desarrollo del deporte con la constitución de la forma Estado-Nación como principio dominante de organización moderna de las comunidades políticas, tuvo un importante efecto sobre la forma de organización e institucionalización del deporte: antes que en muchos otros ámbitos de regulación de las relaciones entre los nacientes Estados Nación, se constituyeron instancias internacionales de carácter deportivo, cuyo objetivo primordial ha sido la promoción de competencias entre naciones. Es sumamente significativo que, antes que la Liga de las Naciones (1922) y mu-

cho antes que la O.N.U. (1947), se constituyeran el Comité Olímpico Internacional (COI, en 1894) y la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA, en 1904).

Lo particular de estas organizaciones es que el criterio que delimita la membresía es de carácter geopolítico: agrupan sistemas deportivos nacionales que, a su vez, están conformados por subsistemas regionales o locales¹. En este ensayo me concentro en explorar la importancia que tiene la articulación de esos sistemas a nivel internacional respecto del nacionalismo; no así en la relación entre éste y los sistemas internos nacionales. Señalaré, empero, que discrepo con Lever (1985), cuando esta autora, al tratar las particularidades del fútbol al interior de un país, afirma que éste es un factor que promueve la nación, debido a que genera un marco de acción compartido, constituido por las reglas (las del juego en sí, así como las del torneo local) que son aceptadas por todos. Si bien estoy de acuerdo en que los torneos locales desempeñan esa función "integradora", me parece que eso no es suficiente para otorgarle un carácter "nacionalizador", si consideramos que la existencia de marcos de acción compartidos en ámbitos de vida específicos no implica una "comunidad de sentido"; así, aunque los campeonatos

1. Todavía está por hacerse un estudio comparado de los sistemas nacionales del deporte y, en particular, del fútbol. Un estudio pionero y sumamente sugerente ha sido realizado por Lever (1985), sobre el campeonato nacional de clubes en Brasil, respecto de su organización e impacto en la movilización de lealtades primordiales. En Costa Rica, donde actualmente desarrollo una investigación, los clubes que participan en el campeonato nacional de "Primera" y "Segunda" (fútbol semiprofesional) están constituidos a partir de referencias territoriales, antes que clasistas o étnicas, que están explicitadas — con la excepción de un sólo club que se supone representa al cantón central de San José, es decir, a la capital— en sus nombres.

locales integran a un nivel (generalizan las normas que lo regulan), disgregan a otro (enfrentan distintas lealtades subnacionales): no existe, por lo tanto, la paradoja de la "integración por medio del conflicto"². Retomaré este punto posteriormente; por ahora, volvamos al carácter nacionalizado de la organización internacional del deporte.

La simbiosis entre deporte y nacionalismo no sólo requiere, como una de sus condiciones, que existan organizaciones supraestatales conformadas a partir de la articulación de sistemas nacionales de deportes, sino que esas instituciones tengan entre sus principales fines promover torneos en los que las justas deportivas se conviertan, también, en una forma de competencia entre naciones. Ese traslapamiento de primera importancia quedó institucionalizado a partir de 1886 y 1930, cuando se celebraron las primeras versiones de las Olimpiadas y de la Copa del Mundo; a partir de entonces,

la inscripción de estas competencias en un tiempo cíclico que se reinicia cada cuatro años, y que en algunos momentos ocupa la atención de los aficionados incluso dos o tres días por semana, asegura la permanente actualización del lazo entre deporte y nacionalismo.

Ahora bien, pese a que la articulación institucionalizada entre deporte y nacionalismo no es exclusiva del fútbol, las particularidades históricas que acompañaron la difusión de esa disciplina crearon ciertas condiciones, necesarias antes que suficientes, que la convirtieron en un vehículo privilegiado, a escala global, de las pasiones nacionalistas. Veamos cuales fueron las razones para que, de entre las varias disciplinas que surgen como deportes a raíz del proceso de racionalización del uso de la violencia en los pasatiempos que tuvo lugar en Inglaterra durante el siglo XIX, el fútbol haya sido la que tuvo mayor éxito en su difusión³.

2. Desde luego, no puede descartarse del todo el aporte de los campeonatos locales a la generación de una comunidad de sentido, ya que en último término, articula las partes en conflicto a una unidad mayor: después de todo, el prestigio en muchos casos deriva de tener "el mejor equipo del país", lo que significa que se acepta formar parte —ojalá la "mejor"— de la nación. La primacía del nivel nacional sobre el local, en cuanto a lealtades se refiere, a menudo queda manifiesta cuando, en un proceso de identificación segmentada, las lealtades subnacionales se obvian con el fin de apoyar a la representación nacional; cuando ésto no ocurre, se enciende la alarma nacionalista: eso pasó en 1996 en Costa Rica; durante un torneo internacional entre clubes, los seguidores de un club tico, cuando su tradicional rival local se enfrentó a un club extranjero, apoyaron a éste desde la graderías: lo "doloroso" del acontecimiento fue tema de comentarios durante varios días. Se suponía que, cuando la lealtad al club entra en conflicto con la que se debe al país, lo correcto es optar por la segunda.

3. Sobre las condiciones particulares que hicieron posible el origen del deporte, Elías (en Elías y Dunning: 1996) señala el proceso de instauración generalizada de la racionalidad formal. Es precisamente por eso que los deportes se diferencian de otras prácticas "musculares" recreativas propias del período pre-moderno. Por su parte, Vinnai (1991) hace notar que la difusión del deporte entre las clases populares también tiene que ver con las reformas laborales modernas, pues son éstas las que permiten el surgimiento del "tiempo libre" entre esos estratos sociales.

La práctica del fútbol se inició, como pasatiempo, en muchas regiones del mundo a fines del siglo XIX y principios del XX, hasta alcanzar hoy una dimensión prácticamente global, ya que se ha difundido en casi todos los países, incluidos algunos que hasta hace poco constituían excepciones interesantes, como los Estados Unidos. Su expansión geográfica inicialmente fue favorecida por la presencia inglesa en muchas regiones del mundo; en los países de América Latina, geográficamente distantes y donde su influencia colonial no era directa, la difusión del fútbol fue vehiculizada mediante la construcción de los ferrocarriles o el transporte marítimo; los países, sobre todo en África, Asia y América del Norte, que escaparon a lo que podríamos llamar la primera onda difusionista, adoptaron el fútbol en gran parte gracias al "efecto demostración" que generaron los campeonatos mundiales⁴. En muchos países, la práctica del fútbol se generalizó mucho antes que la de otras disciplinas, lo que le otorgó una importante ventaja comparativa frente a las mismas en lo que concierne a su constitución como deporte nacional. De hecho, con frecuencia el fútbol ha sido el primer deporte

en institucionalizarse e, incluso hoy, es a menudo el único cuya práctica se ha "profesionalizado"⁵.

La pronta y amplia difusión que hizo posible la globalización futbolística tiene además la particularidad de que se realizó de manera estandarizada: la uniformidad normativa del fútbol está asegurada por la articulación de las diversas organizaciones nacionales (bajo la forma de Federaciones) en una institución internacional centralizada: la FIFA es tal vez la única organización supranacional cuyas normativas tienen un carácter canónico y ecuménico, ya que son acatadas, sin disidencias significativas y menos aún exitosas, en todo el planeta. Así, en el caso del fútbol, no surgieron variantes nacionales en cuanto a las reglas que rigen el juego, cosa que sí ocurrió con otros deportes —como el rugby, que dio lugar a más de una variante nacional. Empero, los grados de libertad que dejan las mismas han permitido la conformación de un factor muy importante para el nacionalismo futbolístico, así como para su enriquecimiento estético: las diferencias estilísticas en cuanto a su práctica⁶.

Finalmente, cabe señalar que el fútbol se difundió no sólo en una amplia

4. Un ejemplo de lo azarosa que puede ser la difusión de ciertos deportes ha quedado documentado en la película *Cool Running* (titulada en español "Jamaica bajo cero"), donde se narran los divertidos avatares de un grupo de velocistas jamaíquinos que, dispuestos a cosechar fama a pesar de su exclusión del equipo nacional de atletismo, deciden participar en las olimpiadas de invierno bajo la modalidad de "trineo".

5. La "profesionalización" del fútbol se ha realizado, en muchos países, bajo un régimen especial, que en muchos casos escapa a las regulaciones laborales nacionales. Sobre el tipo de relaciones laborales que mantienen los jugadores con los clubes de fútbol en Costa Rica, ver Cubillo (1986). Respecto a la institucionalización, en Lever (op. cit.) se encuentran sugerentes apuntes sobre la pugna entre factores que propugnan, por un lado, e inhiben, por otro, la paulatina transformación de los clubes brasileños de fútbol en empresas.

6. Sobre el estilo futbolístico y su relación con el nacionalismo ver, para el caso de Brasil (DaMatta, 1992).

escala geográfica, sino que también experimentó una difusión "intensiva" o masificación: su práctica rápidamente perneó a todos los estratos de la sociedad, hasta adquirir el carácter actual de un deporte multclasista y multirracial. A nivel de afición, su penetración ha sido mucho mayor: la "hinchada", tomando los términos de Cagnetti, es una verdadera "masa abierta", pues tiene vocación totalizadora⁷; en esta dimensión, aunque sólo de manera relativa -pero mayor que a nivel de práctica-, ha dejado de ser un coto reservado a los hombres. La masificación del fútbol, factor fundamental para explicar su articulación con el nacionalismo como veremos luego, ha sido ampliamente favorecida por factores internos del propio juego: en cuanto a su práctica, la sencillez de sus reglas y, en cierto grado, de su dimensión técnica, así como a la economía de recursos necesarios; en cuanto a la afición, además de la relativa sencillez de las reglas que permiten su fruición (incluso a nivel estético), ésta se ha expandido muy rápido con la inclusión, cada vez mayor, del fútbol en la programación de los mass media y sobre todo de la televisión: hoy, con la excepción de algunos partidos que se transmiten

exclusivamente por cable, sólo se requiere tiempo para seguir el fútbol, que cuasimonopoliza los "horarios estelares".

La difusión "intensiva", en los dos niveles analizados y con la ayuda de los medios masivos que lo han convertido en un espectáculo en el que se mueven millones de dólares, ha favorecido, por su parte, la conversión del fútbol en un importante -aunque no masivo- canal de movilidad social. Es, si se quiere, más meritocrático que la mayoría de los otros canales disponibles, sobre todo en las sociedades con fuertes residuos precapitalistas; además, a diferencia de las profesiones liberales o el arte, sus practicantes requieren menos recursos para su formación⁸. Que sus principales astros (citemos sólo a Pelé y Maradona, pero se pueden encontrar ejemplos de ello en cualquier país) sean de origen "popular" convierte al fútbol no sólo en un canal de integración funcional de sectores tradicionalmente marginados de la sociedad, como algunas minorías étnicas, sino que, mediante complejos procesos de identificación y representación, lo convierte en un importante productor de modelos sociales (aunque sean del tipo aquellos que Eco denomina "élites irresponsables").

7. Un notable ejemplo de los alcances de ésta quedó documentado por el periódico costarricense *La Nación* del 3 de diciembre de 1997 que, en su sección deportiva, da cuenta de un hecho curioso respecto a los efectos integrativos inesperados del fútbol: el festejo de la clasificación al mundial de 1998 por parte de Irán, realizada en un estadio de Teherán por 70.000 personas, tuvo un rasgo sorprendente: unas 5.000 mujeres ingresaron "a la fuerza" al Estadio, rompiendo así una prohibición establecida por la revolución islámica desde 1979.

8. Una tarea que queda por hacer, es la de explorar las concepciones acerca de la importancia que tienen el "talento" y el "entrenamiento" (y la "organización") en el surgimiento de estrellas y equipos exitosos. Una pista para esta exploración la sugiere Callois (1994.), cuando señala la importancia de indagar acerca de cuáles de las dimensiones involucradas en la práctica de un deporte se consideran "entrenables" y cuáles no.

Así, el fútbol es popular no sólo porque, de una u otra forma, lo pueden practicar o seguir casi todos, sino porque genera la impresión de que, con suerte, cualquiera podría llegar a ser una estrella⁹.

Antes de profundizar en los mecanismos que operan en los procesos de identificación y representación referidos, señalemos para concluir este apartado que, pese a que la articulación entre fútbol y nacionalismo de ningún modo es necesaria, ya que ese deporte puede practicarse o seguirse sin ninguna referencia al nacionalismo, y éste puede prescindir de aquél en su autoafirmación, el hecho es que esa articulación existe y ha sido posible porque se ha constituido un marco institucional que ha favorecido su desarrollo. Sin embargo, la luz que arroja la ineludible referencia a esa dimensión no es suficiente para alejar la oscuridad que aún cubre las razones profundas que están detrás del impresionante éxito que ha tenido su funcionalización como vehículo para la generación y expresión de pasiones nacionalistas. Queda, por lo tanto, avanzar en la explicación de cómo y por qué ciertas competencias deportivas como las Copas Mundiales de fútbol, organizadas bajo la modalidad de enfrentamientos entre representaciones nacionales, son efectivamente vividas por las poblaciones interpeladas como verdaderos duelos entre naciones. En el siguiente apartado comple-

mentaré la aproximación sociológica realizada hasta aquí, con un abordaje antropológico que permitirá encontrar conexiones de mayor profundidad entre el deporte y el nacionalismo.

LA NACIÓN Y SUS RITUALES

La nación es una forma de identidad colectiva o comunidad cultural propia de la época moderna que, como señala Anderson (1993), tiene como principales características su carácter imaginado y su inherente delimitación y soberanía. Su importancia política se deriva de su articulación con la forma moderna de comunidad política, articulación que, a lo largo de la historia se ha presentado como altamente problemática, ya que sus fronteras rara vez coinciden. De ahí que entre las principales tareas que se proponen los Estados está, a partir del desarrollo selectivo de ciertos elementos a los que otorga la dignidad de patrimonio cultural, la constitución de comunidades nacionales relativamente homogéneas a su interior, y diferenciadas lo más posible hacia afuera.

En tanto nadie está genéticamente determinado para formar parte de una comunidad cultural, es necesario crear mecanismos que hagan posible la socialización de los habitantes de un territorio delimitado como propio de un Estado, en términos de una cultura común a la que se denomina cultura nacional, generando lo que los fenomenólogos lla-

9. Adicionalmente, en algunos casos puede decirse que es popular porque "es del pueblo", en el sentido de que su organización no es Estatal (esto parece estar muy arraigado en el caso brasilero, estudiado por Lever, op. cit.). En esta dimensión, sería interesante indagar también acerca de los orígenes sociales de los periodistas deportivos, sobre todo en América Latina.

man una "comunidad de sentido", que haga vinculantes y legítimas las directrices políticas del Estado. Para lograr ese propósito, los Estados, pero también sectores civiles que conforman la *intelligentsia* nacionalista, a lo largo de la historia han inculcado en "su" población sentimientos nacionalistas sirviéndose de variadas tecnologías que operan utilizando un amplio arsenal simbólico que comprende la lengua, las tradiciones, la alta cultura y todo lo que sea susceptible de alcanzar la dignidad de "símbolo patrio" (incluida la selección de fútbol, desde luego), por medio de una abultada red institucional que abarca ministerios, sistemas educativos, museos, ejércitos, medios de comunicación y otras formas que podríamos englobar en lo que Althusser denominó aparatos ideológicos del Estado.¹⁰

Ahora bien, como lo han señalado muchos autores, uno de los rasgos que más llama la atención del nacionalismo es su amplia aceptación concomitante con su pobreza y aún incoherencia filosófica (Anderson, 1993: 22). Si aceptamos como válido este rasgo, se puede señalar una particularidad fundamental de las formas de socialización nacionalista: si los nacionalismos son, en último término, insostenibles con argumentos sólidos (aunque en casos como el nacional socialismo, se escondan tras principios supuestamente "científicos" de carácter biologicista),

se requiere que en los procesos de socialización nacionalistas intervengan, antes o a la par que argumentos y razones, sentimientos.

La antropología nos ha enseñado que la mejor forma de proceder a la socialización e integración social mediante la movilización de sentimientos es el desarrollo de rituales. Sin ánimo de realizar una sistematización de este pol(is)émico concepto, es pertinente indicar aquí que entiendo por ritual aquel modo de conducta colectiva de carácter simbólico, que se repite regularmente con el fin de dotar de sentido de trascendencia comunitaria a los miembros de la colectividad, obviando -y a menudo reforzando- las diferencias cotidianas que en el plano estructural -funcional- existe entre ellos. La organización interna del ritual y los símbolos que moviliza se orientan a generar una alta dosis de tensión psicológica (de ahí que sea común el uso de alcohol, drogas u otros estimulantes), que "desarma" intelectualmente a los participantes, tornándoles particularmente receptivos a la interiorización de sentimientos de pertenencia comunitaria. Con el propósito de fortalecer su efecto integrador, los rituales a menudo son estructurados sobre la base de dramatizaciones de los efectos perversos de las tendencias disgregantes. El carácter "igualador" o de *communitas* que tienen los rituales los convierte, como han destacado los

10. Sobre los múltiples e intrincados caminos que recorren los nacionalistas en la búsqueda de articulación entre comunidad política y comunidad cultural, pueden verse Anderson (op. cit.) y, en la dimensión correspondiente al diseño de los sistemas políticos, los interesantes ensayos de Geertz sobre la tercera ola nacionalista (1990: capítulos 9 al 12).

antropólogos, en situaciones sociales extraordinarias¹¹

Definido así lo que es un ritual, sin duda no será difícil encontrar ejemplos de rituales nacionalistas que van, en su dimensión oficial, desde las horas cívicas escolares hasta desfiles en lo que la parafernalia militar se exhibe descaradamente. Pero también se puede realizar un inventario de los rituales nacionalistas no oficiales, esto es, de aquellos que son organizados por sectores sociales civiles (no estatales): tal es el caso de ciertas festividades como los carnavales y, fundamental para nuestro ensayo, de algunos encuentros deportivos. Ciertamente, esa división es precaria y, por lo tanto, debe relativizarse, pues en las actividades no oficiales también interviene el Estado y una de las tareas de los practicantes de las ciencias sociales es, precisamente, indagar acerca del grado y particularidades que asume esa intervención.

La polémica sobre la importancia política del fútbol tiene aquí su nudo gordiano para muchos, el fútbol no es otra cosa que una actividad que los

dominantes utilizan, explotando su carácter de actividad de evasión, para alienar a las masas: es el sustituto funcional del circo. Para otros, por el contrario, el fútbol es una actividad en cierta forma liberadora, pues es a través de ella que las "masas" expresan su adhesión y deseos de integración a la nación: aquí el fútbol se parece más al carnaval, pues actúa como una forma de manifestación de la pertenencia y de los deseos -con frecuencia frustrados en el ámbito funcional- de inversión o igualación social. En esta perspectiva, se discute si los que siguen el fútbol son los marginales o los integrados en el plano funcional: esta polémica está en la base de las discusiones sobre el carácter que asume la violencia en el fútbol¹². En qué medida, y bajo qué circunstancias, el fútbol es vehículo de alienación o manifestación última de la democracia popular, sólo se podrá averiguar mediante investigaciones empíricas, que quedan fuera del alcance de este ensayo. Me limitaré a señalar aquí, de manera hipotética, que una u otra facetas políti-

11. Esta definición operativa y provisional de lo que es un "ritual" se basa en los trabajos de Victor Turner y Clifford Geertz, y nos parece especialmente útil para el tratamiento de las "ceremonias" nacionalistas modernas; ver también Gellner (1997, capítulos 3 y 4). El ritual integra a nivel cultural, no así en el plano funcional (diríamos, con términos Durkheimianos, que estamos en la dimensión de la solidaridad mecánica, no de la orgánica). En el caso de la integración funcional, los teóricos sociales consideran, como elementos fundamentales para la constitución del Estado Nación, el desarrollo del mercado interno y la constitución de un régimen democrático.

12. Merece destacarse el hecho de que estudiosos europeos han destacado el factor "disgregante" que acompaña a los rituales deportivos en ese continente: una amplísima literatura sobre los "hooligans" da cuenta de esa preocupación. Por el contrario, los pocos estudios que se han realizado en América Latina sobre el fútbol, han destacado -muchas veces idealizando- su papel "participativo" e "integrador", en tanto acontecimiento nacionalizador.

cas son posibles, en mucho, porque el fútbol está articulado "sentimentalmente" al nacionalismo.

Como señalé antes, esto es posible de entender profundizando acerca de las características que asume el fútbol en tanto ritual nacionalista. Mi hipótesis es que, al margen de los azares de la historia, esta articulación ha sido posible porque el fútbol, más allá de las particularidades ya señaladas de su institucionalización, presenta una serie de condiciones internas favorables a su conversión en ritual nacionalista¹³: remitiéndonos a la definición de ritual expuesta, esto significa que la estructura interna y los símbolos que se movilizan en los partidos internacionales de fútbol generan estados psicológicos óptimos para la recepción de interpelaciones orientadas a la movilización de sentimientos nacionalistas.

EL FUTBOL COMO RITUAL

Cuando haya olvidado hasta el último verso de Tamayo

Todavía recordaré la delantera del !63

Luis H. Antezana (parafraseando a
Walter Jens)

Aunque no es un rasgo exclusivo del fútbol, su carácter competitivo es uno

de sus elementos internos fundamentales para explicar su articulación con el nacionalismo. Su importancia es evidente cuando recordamos que, por ser el Estado una comunidad política soberana y delimitada, la comunidad cultural que (bien o mal) le corresponde busca constituirse de manera diferenciada de las otras comunidades, poniendo especial empeño en que éstas reconozcan como positivos los rasgos que la constituyen (real o imaginariamente). En esta búsqueda de reconocimiento y autoafirmación, el nacionalismo es competitivo: lo que aquí interesa poner de relieve es que el deporte, y el fútbol en particular, se ha convertido en un medio institucionalizado y dramatizado de esa competición y, por tanto, de la búsqueda de reconocimiento.

Esas competencias, institucionalizadas en torneos que las actualizan permanentemente, por las mismas características internas del juego, tienen la particularidad y el fin explícito de poner en claro y sin ambages quienes son los mejores. Esa jerarquización inequívoca de los contendores se ha visto altamente favorecida por la paulatina cuantificación de los rendimientos deportivos: en el caso del fútbol, la contabilización de los triunfos, derrotas y empates; así como los goles a favor

13. En esto, coincido con Alabarces (en Alabarcer y Rodríguez, 1996: cap. "Fútbol: la afirmación ritual de la identidad"). Debo señalar aquí, a modo de advertencia, que el fútbol ofrece condiciones "ritualizantes" no sólo al nacionalismo, sino también a otras formas de comunidad; muchos estudios han destacado el caso de grupos "tribales" de jóvenes, al estilo "skin heads"; ver, por ejemplo, Costa, Pérez y Tropea (1996: apartado 5 del cap. 5). Una diferencia notable entre esta dimensión y la nacionalista es que los medios de comunicación vehiculizan positivamente la última, en tanto censuran la primera; entre otras consecuencias, esa característica limita la posibilidad que los skin heads tienen de ritualizar el fútbol al espacio del "estadio", mientras el nacionalismo puede celebrarse en todo el territorio donde los medios tienen cobertura.

y los en contra, etc., etc. ha dado lugar a complejos *rankings* que la prensa deportiva de algunos países sigue con verdadera obsesión. Por esa razón, en los deportes, a diferencia de las artes, la lengua u otras tradiciones (actividades que, por lo demás, tienen otra forma de organización de sus eventos principales), los relativismos difícilmente caben.

Este rasgo agonístico, así como la primacía de la actividad física, acerca al fútbol a la guerra, al extremo que, para algunos, el deporte se ha constituido en un sustituto, al menos simbólico, de ésta (Dunning, 1995: 268). Al igual que la guerra, pero con menores costos y con efectos simplemente pasajeros y sin mayores consecuencias para las relaciones internacionales, el nacionalismo se sirve del deporte en su búsqueda de autoafirmación inmediata y evidente respecto del "otro", al que se le define, sino como enemigo, al menos como oponente (el carácter circunstancial o no de esa oposición - que también podría denominarse "densidad"- es el que determina si los encuentros adquieren o no la dignidad de ser incluidos entre los de tipo "clásico"). El deporte, como la guerra, es siempre una forma de relación entre colectividades del tipo de aquellas que Canetti denominó la masa doble: las "muchedumbres" deportivas se constituyen siempre en oposición a otra(s) de naturaleza similar.

Pero las "masas" que convoca el deporte, como ocurre también en las guerras, no son -y nunca lo son de manera necesaria- "nacionales". La "extensión" de esas "masas" está en función de la totalidad social a la que se interpela mediante los símbolos que

se movilizan en ocasión de un encuentro de fútbol (o de una guerra); ya hemos sugerido que las circunstancias que hacen coincidir, en el caso del fútbol, esa extensión con la "nación", han sido la forma de su institucionalización y su popularización o difusión "intensiva". Para profundizar en la dimensión nacionalista de esta última, es pertinente señalar que en el deporte, cómo en el caso de la guerra, aunque el número de participantes directos en el campo de batalla o en la arena (o como se le llame al espacio donde las acciones "principales" tienen lugar) está limitado, la interpelación se dirige a una población mucho mayor. Cuando se trata de encuentros internacionales, esa interpelación usualmente no está dirigida exclusiva e incluso prioritariamente a los aficionados al fútbol, sino a la totalidad de la sociedad: la fórmula "apoyemos a nuestra representación patria" es, antes que nada, una interpelación nacionalista emitida a propósito de un encuentro deportivo; otra cosa es que una cuota nada despreciable de su éxito se explique por la popularidad misma que ha adquirido el fútbol en cuanto a juego.

Para que la "masa interpelada" desborde ampliamente a los participantes directos, es necesaria la intervención de complejos procesos de identificación y representación. Los participantes directos o protagonistas constituyen lo que Canetti denominó los "cristales de masa", y que la guerra son los ejércitos y en los deportes las selecciones nacionales. Estos "cristales de masa" asumen, en muchos casos, el carácter de un "cuerpo" profesionalizado separado (con sus códigos y rutinas particulares), que goza de la

deferencia y el apoyo, cuando no de la idolatría, del resto de la sociedad: su función principal es "representar" a la comunidad en ocasión de una confrontación.

La identificación de los seguidores se intensifica cuando las representaciones nacionales son, como en el caso del fútbol, de carácter colectivo y no individualizadas, debido a que en estas últimas la identidad del participante y su rol de representación no logran aislarse suficientemente como para provocar una identificación "profunda": aunque los encuentros futbolísticos entre selecciones nacionales no proveen héroes desconocidos, el carácter colectivo del juego, el origen "popular" de sus astros y los antecedentes futboleros de muchos aficionados, son factores que facilitan la identificación de los anónimos "jugadores nº 12" con sus componentes¹⁴.

Ahora bien, el deporte no sólo es competitivo sino que, a diferencia de otros rituales como los desfiles donde todo está programado de antemano, posee una apertura a lo imprevisto. Esto tiene importantes implicaciones sobre el alcance de las gratificaciones sociales que pueden alcanzar

tanto los aficionados como los miembros del "cristal de masa". Respecto de éstos, el fútbol de selecciones les mantiene abierto, sino el panteón, al menos el museo deportivo y el "corazón del pueblo", en los que pueden ingresar como nuevos héroes nacionales (los cuales, por lo demás, obtienen importantes premios materiales). Así en el fútbol como en la guerra, el azar se convierte en destino, actualizando (y por tanto transmitiendo, socializando a las nuevas generaciones que siguen el fútbol) el componente sacrificial que se considera necesario que el individuo alcance trascendencia en el colectivo: hoy, "mojar la camiseta" se ha convertido en uno de los sustitutos de "morir por la patria": el sudor reemplaza a la sangre en el cáliz de la comunión nacionalista. Quiénes se "entregan" por la patria, aunque pierdan, pasan a ocupar un lugar en el "centro ejemplar" de su sociedad¹⁵.

El suspenso que se deriva del carácter abierto del resultado de los encuentros es uno de los rasgos internos al fútbol que explican su notable capacidad para generar tensión, sobre todo cuando el oponente de turno es usualmente considerado más fuer-

14. De manera impresionista, puedo citar un ejemplo que parece confirmar esta hipótesis: pese a la multitudinaria celebración de la primera medalla de oro obtenida en unas olimpiadas para Costa Rica, lograda por la nadadora Claudia Poll, se puede percibir entre los ticos (incluida la prensa) un sentimiento de que la excepcionalidad de esa atleta es un indicio más de mérito personal que éxito colectivo. Un ejemplo en contra: el caso de Ana Fidelia Quiros, en Cuba.

15. La celebración de las derrotas puede ser, como señala Antezana (1996: "El fútbol es una sociedad"), a propósito de la multitudinaria recepción que tuvo la selección boliviana en 1993 después de perder 6 a 0 en Brasil, un acontecimiento con mayores consecuencias nacionalizadoras que los fáciles festejos del triunfo. Sobre el concepto de "centro ejemplar" en su aplicación futbolística al caso de Costa Rica, ver Villena (1996). En Dávila (1996) puede encontrarse una interesante confirmación del grado de ejemplaridad que puede adquirir la actuación de una selección, respecto del caso colombiano.

te: eso porque, en los deportes competitivos, prima una especie de *síndrome de David y Goliat*. En el fútbol, a diferencia de lo que generalmente ocurre en las guerras, existe una mayor "igualdad de oportunidades" entre países que, en términos de desarrollo, se consideran pequeños y potencias mundiales: por eso el famoso conjuro "no hay nada que temer, porque somos 11 contra 11". Gran parte de la parafernalia futbolística en países como Costa Rica (1990) y Bolivia (1994) tiene que ver con esa búsqueda de "visibilidad" y "reconocimiento" nacional en la esfera internacional. En el atletismo, un ejemplo sin duda exitoso es el de Cuba, cuyos impresionantes logros constituyen una de las fuentes de prestigio y legitimidad más importantes de (la política deportiva impulsada a raíz de) la revolución iniciada en 1959.

En esa medida, no debe subestimarse, en el recuento de las razones que hicieron que los sudamericanos se convirtieran masivamente en fanáticos del fútbol, el que Brasil, Argentina y Uruguay, constituidos por la afición en representantes del fútbol "latino", hayan conquistado más títulos que los europeos. Para citar solo un hecho, ¿qué sudamericano no disfrutó, con cierto dejo de revancha histórica, los dos goles que le hizo la selección Argentina a la representación de Inglaterra en el mundial de 1986 -goles que son, ade-

más, notables exhibiciones de la picaresca latina (en su versión positiva, el dribleo múltiple; y en su versión negativa, aquella de la "mano de Dios") personificada en Maradona, el rebelde?¹⁶

Por la incertidumbre que tiene el fútbol en sus resultados, es que se aguarda con ansiedad y esperanza el próximo juego, siempre soñando con "cambiar la historia": para los colombianos, el triunfo de su selección frente a Argentina, en el "Monumental" de River Plate por 5 a 0 en 1993, será inolvidable porque, precisamente, se derrotó a la historia (Dávila, 1996), de igual manera, la eliminación de Costa Rica al mundial de 1998, será menos triste para los ticos porque, por lo menos, se cambió la historia (aunque no la Historia): por primera vez en partidos eliminatorios, Costa Rica empató con México en el "Azteca" (hoy "Cañedo"). Cuando la historia pesa demasiado sobre las cansadas espaldas de los aficionados, éstos repiten, una y otra vez, con tono cabalístico que invoca el milagro: "cada partido es una nueva historia" o "en fútbol no hay lógica". Cuando la historia no está de su lado, los aficionados son devotos del azar: se juegan la patria en un golpe de dados¹⁷.

Al carácter competitivo, colectivo e imprevisto del fútbol, hay que añadir un elemento, que se ha resaltado muchas

16. Cuando digo sudamericanos, estoy haciendo alusión al carácter segmentado que siguen, en su constitución, las aficiones deportivas: si bien a nivel nacional se puede rivalizar, a nivel regional (continental) se tiende a apoyar a equipos como Brasil o Argentina (cuando este apoyo no es simple oportunismo, es usual encontrar que detrás está la "latinidad" o incluso la solidaridad "tercer mundista"). Sobre el "caso Maradona", revisar Alabarces y Rodríguez (op. cit.).

17. Sobre la utilidad que tiene la teoría del caos, expuesta por Thom, para hacer comprensible el carácter incierto de los resultados futbolísticos, ver el notable ensayo de Luis H. Antezana sobre "La estrategia de la araña. Elementos para una arcológica del saber" (1996).

veces como responsable su gran capacidad interna para generar tensión y, en último término, de su popularidad: la estructura temporal "rígida" del juego, la cual, en su relación con las posibilidades de anotación (gol/tiempo), concentran más que en ningún otro deporte, la tensión de los espectadores. En contrario, se ha dicho que, por ejemplo, a los gringos no les atrae el fútbol precisamente porque, si bien existen momentos de éxtasis concentrado -el gol, pero también las grandes jugadas que no culminan en anotación- presenta -respecto a otros deportes más populares en ese país, como el basketball, demasiados tiempos muertos o de baja intensidad, que aflojan la tensión del espectador. En mi opinión, la característica de generar tensión está exacerbada en los deportes de carácter competitivo: cuáles de ellos tienen mayor capacidad para producir situaciones de éxtasis, me parece que tiene que ver más que con la estructura interna del juego¹⁸, con los gustos desarrollados de los espectadores, es decir, se explica más por una sociología del gusto que por una teoría de juegos. Lo que sí interesa recalcar en perspectiva de los fines de este ensayo, es que la tensión que genera el fútbol entre sus seguidores,

tanto por su propia estructura interna como por su institucionalización nacionalizada¹⁹- provoca un estado psicológico propio de los rituales y, por lo tanto, un estado de ánimo apto para que los aficionados pongan de manifiesto sus pasiones nacionalistas.

Para finalizar este apartado, señalaré un hecho que, aunque no concierne directamente al tema de este ensayo, merece por lo menos una mención de paso: me refiero a la necesidad de indagar el grado en que la dimensión simbólica de la afirmación del "nosotros" en el fútbol, como lo han señalado estudiosos del deporte como Archetti, asume la forma de afirmación de la masculinidad (situada en el par hombre/homosexual antes que en el de hombre/mujer). Es decir, en qué medida la violencia simbólica que acompaña con frecuencia a los enfrentamientos futbolísticos (nacionales o no) está nutrida de la dimensión sexual que lo convierte, también, en un ritual de construcción y afirmación de un modelo de masculinidad de corte machista: habla a favor de esta hipótesis el hecho de que, en no pocos casos, la retórica del fútbol tiene entre sus fuentes principales, a la par que el léxico bélico, en el vocabulario "gallista", esto es, en la versión "machista"

18. Sobre las diversas características de los juegos, ver Callois (op.cit.).

19. Cuando digo "institucionalización nacionalista" incluyo no sólo la organización sistemática de encuentros entre selecciones nacionales, sino el desarrollo, en momentos previos y posteriores al partido, de actos cargados de simbolismo nacionalista, como la entonación de los himnos

y "vulgar" que asume el vocabulario erótico²⁰.

LOS MASS MEDIA Y EL FUTBOL ESPECTACULO

La articulación entre nacionalismo y fútbol se ha enriquecido enormemente de los medios de comunicación masiva. Estos la han potenciado a un nivel insospechado por dos razones: primero, porque extienden su audiencia hasta abarcar, en vivo y directo, a toda la "comunidad imaginada", incluso a aquellos que, por ese fenómeno contemporáneo masivo que es la migración internacional, radica más allá de sus fronteras, haciendo posible lo que Anderson señala como una de las características que diferencian a la nación de las comunidades culturales preexistentes: su carácter de comunidad en anonimato. Desde que entraron en funcionamiento las transmisiones vía satélite (a partir de 1978, cuando más de dos mil millones de espectadores alrededor del mundo siguieron la final, dando lugar a la mayor cantidad de personas que vieron simultáneamente y en directo un acontecimiento en toda la historia de la humanidad), la televisión se ha conver-

tido en el medio que, técnicamente, hace posible lo que, según Canetti, es la vocación final de cualquier masa: abarcar a la totalidad social.

La segunda razón que hace de los medios de comunicación un potenciador fundamental de la articulación entre deporte y nacionalismo es que los *mass media* intensifican esa relación, narrativizándola, este hecho, si bien ocurre desde la invención de la radio, que vehiculiza el nacionalismo en aquellos países con predominio de la cultura oral y amplias masas analfabetas, con la televisión adquiere nuevas dimensiones, como veremos a continuación. Así, la entrada en escena de los *mass media* refuerza la articulación entre nacionalismo y fútbol no sólo porque masifica las audiencias (recortándolas en términos de fronteras nacionales), sino porque esa masificación es simultánea a un proceso de densificación ideológica. En esta perspectiva, no debe desdeñarse la importancia que tiene también la "intensificación" que se produce debido al efecto de reforzamiento por redundancia que se origina en la cantidad, cada vez mayor, de encuentros internacionales que se organizan y transmiten, llegando al extremo de convertir al fút-

20. Un caso sin duda interesante en el que la articulación fútbol y nacionalismo se vehiculiza mediante un discurso militarizado, es el de Costa Rica, sobre todo porque en este país de tradición pacifista -no tiene ejército- la jerga castrense despierta muchas susceptibilidades. Durante las eliminatorias al mundial de 1998, se generalizaron un conjunto de términos como "legionarios", "artillería", etc. (incluso el periódico de mayor alcance, *La Nación*, adoptó una iconografía con dibujos de soldados defendiendo trincheras, fotografías de futbolistas goleadores al lado de cañones, etc.). Esta funcionalización del léxico militar alcanzó su máxima expresión en la polémica -y conato de pleito diplomático- que desataron las declaraciones del nada discreto tercer técnico de la selección quien, refiriéndose al partido que jugaría Costa Rica contra USA en territorio norteamericano, señaló de que los ticos atacarían la Casa Blanca con toda la artillería y el armamento pesado que disponían.

bol en un ritual nacionalista cuasi-dominical o sabatino.

Lo anterior cobra sentido cuando observamos que la globalización de las señales televisivas hecha posible gracias a la transmisión por vía satélite, no ha eliminado la interferencia nacionalista sobre el fútbol: eso porque lo que se ha globalizado es sólo la imagen, no así el sonido. Hoy, todo el mundo puede, potencialmente, ver el mismo partido de fútbol, pero no escuchar una sola narración: además de las barreras idiomáticas, hay que destacar las particularidades "nacionales" de la recepción de la imagen televisiva en el caso de la transmisión de encuentros futbolísticos de carácter internacional; a diferencia de las películas o, de su principal competidor en popularidad, las telenovelas, en las transmisiones internacionales de encuentros futbolísticos, salvo en algunos casos en que esta se da por medio de la modalidad "por cable", el "doblaje" no se realiza de una vez por todas para la totalidad de una comunidad de hablantes de una lengua (por decir algo, para todos los hispanoamericanos), sino que el partido se narrativiza, en lo oral, de manera "local" o, más precisamente, "nacional". Y esta narrativización local muy, pero muy rara vez, se

hace sin tomar abiertamente partido a favor del equipo nacional, para ser honestos, en no pocos casos se hace merecedora del calificativo de chauvinista²¹. En esa medida, no existe doblaje propiamente dicho, sino producción de diferencias nacionales en el nivel de la trama, el estilo narrativo, los valores imitativos y, lo que nos interesa aquí, los valores ideológicos.

Ciertamente, la propuesta, por parte de los medios de comunicación, de un código "nacionalizado" para la recepción de la imagen global, no se limita a la dimensión sonora (narrativa oral) de la misma. Está condicionada también por los "complementos" que hacen al partido. Consideramos que la unidad estructural del discurso televisivo en lo que se refiere al fútbol no es, por cierto, el partido, sino "el programa", aquél es la parte más sustantiva y central, pero por cierto no la única: el programa comprende los "previos", el "mediotiempo" y los "comentarios finales", los cuales, en último término, se insertan en un corpus narrativo fragmentado temporalmente, que se encadena con los otros acontecimientos o partidos, para constituir una serie histórica y poner en entredicho, al menos en este ámbito, la hipótesis de que la televisión absolutiza el presen-

21. Dávila (1996: 33) señala que, en el mundial de 1990, cuando Colombia empató a 1 con Alemania, un periodista (colombiano, se entiende) gritaba desafortadamente "Dios es colombiano". Ejemplos como éste abundan: permítanme narrar uno que, si bien no hace a sentimientos nacionales, sí atañe a los más genéricos lazos primordiales: en Tupiza, pequeño pueblo boliviano en el que pasé mi infancia, un conocido locutor de radio, al narrar un partido, entró en éxtasis porque su primogénito marcó un gol, y se puso a gritar desafortadamente, con el micrófono abierto, "!!!Gooooool de mi hijo!!!"; si hubiese dicho "!!!Gol de nuestra selección!!!, nadie recordaría el hecho

te²². El programa, con todos sus componentes estructurados ideológicamente en la serie histórica, condiciona la forma de consumo local que ha de hacerse de cada encuentro: un mismo partido es vivido de manera muy diferente por una comunidad nacional que por otra, de acuerdo a este condicionamiento local; como consecuencia de ello, es almacenado en la memoria colectiva también de manera particularizada. Por eso, también, muchos sabemos lo desagradable que puede ser - aún sin estar en contacto físico con televidentes locales- presenciar televisivamente un partido en el que se enfrenta "nuestra selección" con la del país en el que nos encontramos en ese momento²³.

Así, el impacto que tienen los medios de comunicación sobre la articulación entre nacionalismo y fútbol está lejos de ser secundaria: no sólo porque masifican un acontecimiento, sino porque esa masificación se realiza de tal forma que actúa como un factor que nacionaliza (en el sentido en que genera una intersubjetividad común a toda la población "nacional") una de-

terminada ideología que, por cierto, usualmente preexiste a los medios de comunicación y que se origina en las visiones de la propia nación que son hegemónicas. La oración previa no significa, empero, que eso sea necesariamente así, ya que pueden haber recepciones locales no nacionalistas o - en el extremo ideal- críticas, aunque esa no parece ser la norma, al menos no cuando intervienen los medios de comunicación. Tampoco significa que no existan formas diferenciadas, al interior de un país, de consumo de los acontecimientos deportivos: en esta dimensión se requieren estudios sociológicos específicos que permitan conocer, en cada sociedad, la forma de vivencia empírica de los distintos grupos sociales: no todos sucumben al canto de las sirenas nacionalistas, ni se dejan fascinar irremediabilmente por sus héroes arquetípicos.

FINAL

La constitución de Estados nación implica, por una parte, el desarrollo y afirmación de un particularismo, que

22. Ese encadenamiento histórico, ordenada a partir de acontecimientos "fundantes" o "constitutivos", es decir, los que pertenecen a los "orígenes", otorgan a la comunidad un sentido de permanencia y continuidad: le otorgan un pasado y le señalan un futuro. Sobre la importancia que tuvo, en esta perspectiva, la clasificación de Costa Rica por primera vez a un mundial (1990), ver Villena (op. cit.).

23. La televisión gana riqueza narrativa cuando se sustrate de la transmisión en vivo del acontecimiento (al orden de la crónica, de la toma directa en tiempo real (es decir, en los previos, el mediotiempo y el final, gracias a que adquiere las posibilidades del cine en cuanto a montaje; se añade a la posibilidad de selección que da el uso simultáneo de varias cámaras -que seleccionan y reproducen ángulos diversos- una nueva selección y ordenamiento sintagmático. Para citar un ejemplo usual: permite la exclusión, de los "resúmenes" de los partidos, de jugadas dudosas que podrían disminuir el mérito del triunfo local. Por otra parte, es también en esos momentos donde la narración oral gana grados de libertad, debido a que ya no está obligada a "comentar" (o traducir) lo que la "realidad" encuadrada por los objetivos le dicta.

los ideólogos de la nación -sobre todo los románticos- buscan con frecuencia enraizar en lazos primordiales y, por otro, incorporar un componente universalista que está anclado en los conceptos de democracia y de ciudadanía. Aunque aceptemos que en épocas recientes y después de períodos deplorables y con frecuencia fracasados de unificación cultural llevados a cabo, en general de manera autoritaria, en casi todas partes del mundo, la balanza se está inclinando a favor del componente universalista o contemporáneo, y por lo tanto, más hacia la esfera de la comunidad política que de la comunidad cultural (ver Habermas, 1989; Geertz, 1989), es un hecho que los Estados, en su relación con la sociedad, no pueden prescindir de un lazo cultural que otorgue identidad colectiva a la comunidad en un sentimiento de "nosotros" nacional.

A lo largo de este ensayo he expuesto algunas hipótesis sobre los factores institucionales, ideológicos y tecnológicos, que han convertido al fútbol en un notable vehículo de sentimientos de pertenencia y comunión nacional, bajo la forma de lazos irreflexivos a identidades colectivas. Finalizaré señalando, de manera hipotética, que el papel del fútbol en cuanto tec-

nología generadora y reforzadora de sentimientos nacionalistas, puede verse incrementado en el futuro en tanto tiene la virtud de cumplir esa función sin apelar -e incluso eludiendo- a lazos primordiales. Este vehículo ritualizado de interpelaciones nacionalistas se presenta, entonces, como ideal para el afianzamiento de Estados-nación allá donde no existen fuertes raíces étnicas o culturales, o donde la unificación nacional no se ha logrado por existir importantes conflictos entre sentimientos primordiales a su interior -o sólo ha sido posible a costa del sometimiento de algunos de ellos- o, por último, cuando la comunidad nacional inclina la balanza en favor de los lazos cívicos antes que de los primordiales. Este rasgo, sumado a su fuerte arraigo popular y a su alta rentabilidad televisiva, hace suponer que, durante mucho tiempo, el fútbol seguirá siendo un vehículo privilegiado para la canalización de las ansias nacionalistas de sectores populares, a menudo precariamente integrados en términos funcionales -sea en el ámbito productivo o en la dimensión ciudadana, así como para la reafirmación de pertenencia de los "integrados". El día en que las "selecciones nacionales" serán abolidas está aún lejano.

BIBLIOGRAFIA

- Alabarces, Pablo y María Graciela Rodríguez. 1996 **Cuestión de pelotas. Fútbol/deporte/sociedad/cultura**. Buenos Aires: Atuel.
- Anderson, Benedict 1993 **Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo**. México: F.C.E.
- Antezana, Luis H. 1995 **Sentidos comunes**. Cochabamba: FACES-CESU/UMSS.
- 1996 "La estrategia de la araña. Elementos para una arqueología del saber", en AA.VV., **Fútbol e Identidad nacional**, San José: FLACSO-Costa Rica.
- Berger, P. L. y Thomas Luckmann 1997 **Modernidad, pluralismo y crisis de sentido**. Barcelona: Paidós.

- Callois, Roger 1994 **Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo**, México: F.C.E.
- Canetti, Elias 1995 **Masa y poder**, Madrid: Alianza.
- Costa, Pere-Oriol, J.M. Pérez y Fabio Tropea 1996 **Tribus Urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la afirmación a través de la violencia**, Barcelona: Paidós.
- Cubillo, Mayela 1986 **El fútbol, una perspectiva sociológica**, San José: Alma Mater.
- DaMatta, Roberto 1992 "Brasil: un buen juego de cintura", **Correo de la Unesco**, diciembre.
- Dávila, Andrés 1996 "Fútbol y cultura nacional", en AA.VV., Fútbol e identidad nacional, San José: FLACSO-Costa Rica.
- Eco, Umberto 1995 **Apocalípticos e integrados**, Barcelona: Lumen-Tusquets.
- Elias, Norbert y Eric Dunning 1996 **Deporte y ocio en el proceso de la civilización**, México: F.C.E.
- Geertz, Clifford 1989 **La interpretación de las culturas**, Barcelona: Gedisa.
- Gellner, Ernest 1997 **Antropología y política. Revoluciones en el bosque sagrado**, Barcelona: Gedisa.
- Habermas, Jürgen 1989 **Identidades nacionales y postnacionales**, México: Tecnos.
- Lever, Janet 1985 **La locura por el fútbol**, México: F.C.E.
- Turner, Víctor 1988 **El proceso ritual**, Madrid: Taurus.
- Villena, Sergio 1996 "Fútbol, mass media y nación en Costa Rica", en AA.VV., **Fútbol e identidad nacional**, San José: FLACSO-Costa Rica.
- Vinnai, Gerhard 1991 **El fútbol como ideología**, México: Siglo XXI.
- Yonnet, Paul 1988 **Juegos, modas y masas**, Barcelona: Gedisa.

Chasqui

60

Diciembre de 1997

El texto imprescindible para la formación permanente del profesional de la comunicación social. Primicia en el análisis inquietante y serio de los medios y de los variados procesos de comunicación

Crónica Roja: Espectáculo y Negocio
Divulgación y divulgadores de la ciencia

Chasqui - CIESPAL - Apartado 17-01-584 Telf. 506 149 544-624
Quito - Ecuador